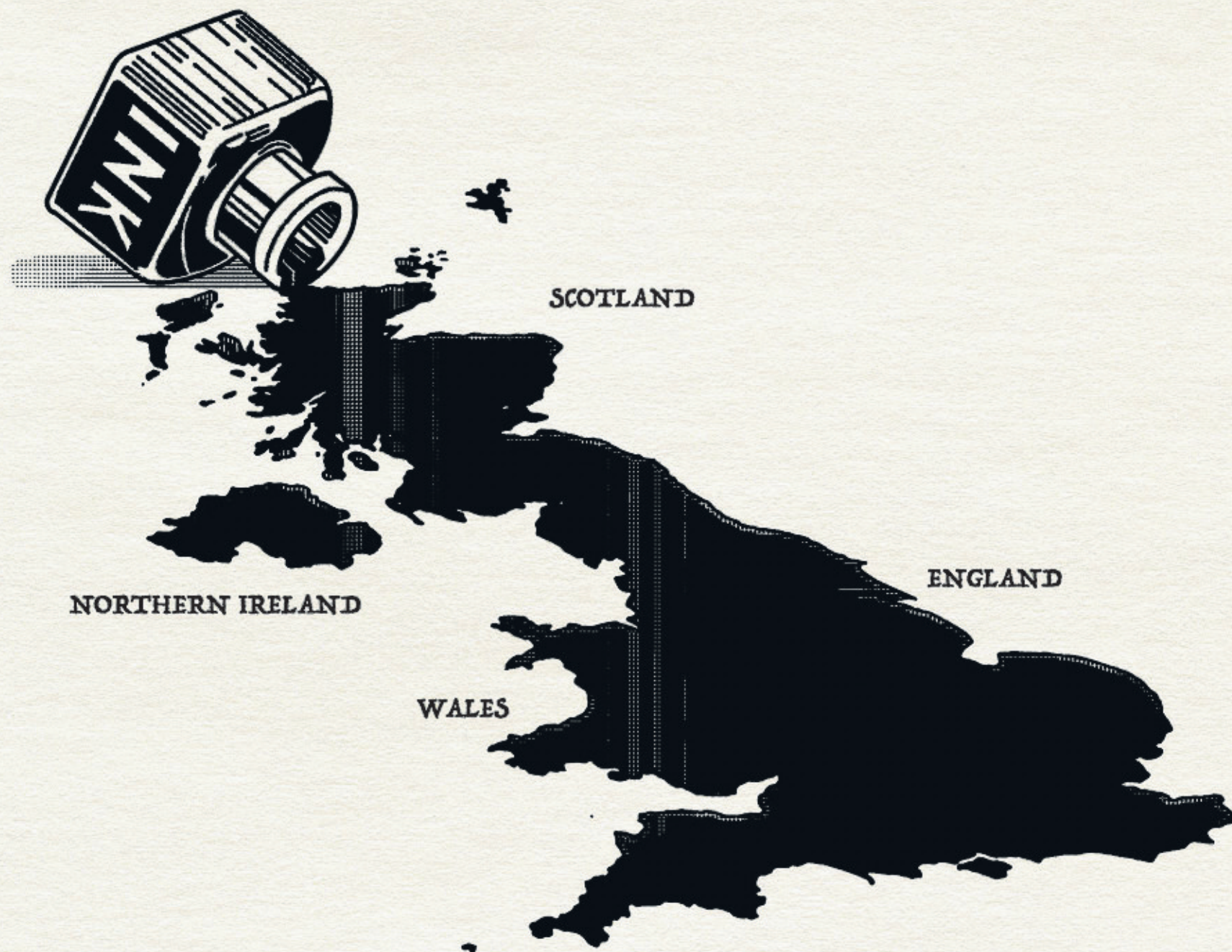


**Thelma y Louise en la Contrarreforma/  
La Barcelona de David Uclés/Atrapados en urgencias/  
Picarol, galerista**

RIKI BLANCO



## Narrativas del Brexit

**Diez años después del referéndum, la novela británica se reescribe. Los autores de ficción se acercan al paisaje social quebrado del Reino Unido alternando entre la sátira, la ironía y el lamento**

**BEGOÑA GÓMEZ URZAIZ**

En junio se cumplirán diez años de uno de los mayores giros argumentales que se recuerdan en la Europa moderna. El 51,9% de los británicos que votaron en el referéndum del Brexit decidieron que preferían cortar con la Unión Europea tras 47 años de matrimonio semifuncional.

Después vendrían los análisis, y, más tarde aún, las negociaciones interminables con Bruselas. El referéndum se explicaría en clave generacional, con unos jóvenes más europeístas y unos seniors seducidos por la ruptura, en clave geográfica

(Escocia, Irlanda del Norte y el norte de Inglaterra querían quedarse), con parámetros migratorios y con alusiones a la nostalgia del imperio.

Pero, de entrada, lo que flotó fue una sensación de sorpresa. Ni los propios *brexiters* se lo terminaban de creer. Quizá la persona que lo había visto más claro es quien en aquellos días ya emergió como el personaje más fascinante y a la vez oscuro de esta historia, el estratega Dominic Cummings –Benedict Cumberbatch terminaría interpretándolo en la miniserie *Brexit* (2021)–, considerado el artífice del resultado. No tardamos en saber que Cum-

mings y su gente se habían movido con cintura de ciclista sprinter entre los dos lados de la ley y, junto con Cambridge Analytics, habían utilizado herramientas entonces nuevas para targetizar a los posibles votantes y azuzar a cada grupo ahí donde residen sus instintos primarios.

La novela favorita de Dominic Cummings es *Guerra y paz*. Suele decir en sus conferencias que en la épica de Tolstói, dos cosas son verdad al mismo tiempo: los individuos se ven arrasados por la corriente inexorable de la historia, y la voluntad de una sola persona es suficiente

para doblegar lo que parece un destino escrito. Trasládese eso a su propia obra, el triunfo del *Leave*, como se quiera.

Diez años y unos cuantos gobiernos más tarde, la bruma del Brexit se cierne sobre muchas novelas británicas como una nube inexorable.

Alan Hollinghurst lo utiliza como leitmotiv en *Nuestras veladas*, que publicará Anagrama en breve, traducida por Gemma Rovira. El autor de novelas como *La línea de la belleza* o *El hijo del desconocido* repite una fórmula que siempre parece salirle bien: acompañar a un personaje, un hombre gay de tenden- »



XAVIER CERVERA



**Jonathan Coe**  
**El corazón de Inglaterra**  
Trad. de Mauricio Bach  
Anagrama  
528 páginas  
23,90 euros

» cias melancólicas y con elevada sensibilidad cultural, durante un rato largo, en este caso seis décadas de la historia de Gran Bretaña. La novela arranca en 1962, con el protagonista, David Win, becado en un internado para la élite, y llega hasta la pandemia del 2020, haciendo una parada fundamental en la semana del referéndum del Brexit.

Win es un hijo tardío del imperio, producto de la relación de una modista británica y un hombre al que conoce durante un periodo trabajando en una oficina tardocolonial en Birmania. La subtrama que Hollinghurst le regala a la madre, Avril, y a su círculo de lesbianas felices, aporta una de las alegrías de la novela. David es, gracias a su herencia birracial, observador y víctima de distintas formas de racismo, el que se da en las clases altas, el de la cultura, ya que Win es actor de teatro y televisión, y, finalmente, el que se manifiesta con la violencia más sórdida y estúpida.

Una de las constantes en la vida de David son sus encuentros, nunca deseados, con Giles, el hijo de sus benefactores y compañero en el internado que termina convirtiéndose en un poderoso político conservador y antieuropeísta, un representante puro del privilegio a la antigua que forja su carrera a base de retórica antimigratoria. David y Giles van topándose en la escuela, en el teatro y en un curioso festival literario pensado para vender té y scones con mermelada a los pensionistas de provincias. Pero habitan dos Inglaterra distintas, condenadas a desencontrarse en esa votación que ganaron los de Giles.

Sin promover mucho conflicto de clase, ya que flota por la novela una especie de gentil añoranza por los ricos de antes, los ricos que sabían ser ricos y al menos eran cultos, sí hay en esta novela de Hollinghurst un lamento profundo por la deriva del país. Las señales, viene a decir, estaban ahí para quien quisiera verlas.

Aunque el Brexit no ha llegado a estar tan presente en la novela británica de la última década como el 11-S lo estuvo en la ficción estadounidense en los primeros dos mil –hubo un tiempo en que toda novela o película que no sabía cómo resolverse a sí misma colocaba una mención a las Torres Gemelas y confiaba en que eso amplificase el drama–, sí ha servido de palanca narrativa a escritores muy diversos. En *Alguien como tú* (Anagrama, 2022), Nick Hornby lo utiliza para configurar una comedia romántica clásica en la que los opuestos se atraen. Lucy tiene cuarenta y tantos y dos hijos, es blanca y trabaja como profesora de inglés en un instituto. Joseph acaba de cumplir 20, trabaja de carnicero, pero lo que quiere es triunfar como dj. Es negro. Cuando se enamoran, descubren que no les resulta fácil sacar de casa esa relación.

Con el referéndum a la vuelta de la esquina, ella y todos sus amigos, cineastas y diseñadores gráficos del norte de Londres, no solo van a votar *Remain*, quedarse en la Unión Europea, sino que consideran que cualquiera que pretenda votar a favor de la ruptura con la UE es obtuso, racista y casi satánico. Él, en cambio, no lo tiene tan claro. Su propio padre, migrante de primera generación, es un ardiente *brexiter*. “Creía que queráis que todos fuéramos británicos –le dice en un punto Joseph a una exasperada Lucy–; solo porque seamos negros no quiere decir que queramos ser parte de Europa. La mitad de esos países son más racistas que nadie”.

Otro satirista de la generación de Hornby, Jonathan Coe, tomó también el pulso político al Reino Unido post-Brexit en *El corazón de Inglaterra* (Anagrama, 2019, con traducción de Mauricio Bach). Allí, Coe repescó a los personajes que ya aparecían en dos de sus novelas anteriores, *El club de los canallas*, que lidiaba con los años del thatcheris-

# Cómo descolonizar la novela de casa de campo

La muerte de un hombre rico y carismático reúne a sus hijos y a su viuda en la gran mansión familiar. Con esa premisa tan clásica se puede hacer cualquier cosa. Anna Hope (Manchester, 1974) la utiliza en *Albión* (Libros del Asteroide, con traducción de Regina López Muñoz) para introducir cambios cruciales en uno de los subgéneros fundadores de la literatura moderna, la novela de casa de campo. En este caso, una propiedad ancestral del siglo XVIII con cuatrocientas hectáreas de tierra alrededor. Pertenecían a Philip Brooke, huérfano temprano y heredero que se hizo relativamente famoso en los años sesenta por organizar en un claro de su bosque privado una especie de Glastonbury llamado Teddy Bear’s Picnic. En sus últimos años de vida, él y su hija mayor, Frannie, de la que había estado distanciado, se han dedicado a renaturalizar las tierras y hasta han montado un glamping para urbanitas con ganas de campo domesticado. El legado del padre que deberá continuar la hija es un ambicioso proyecto ecologista con un nombre a la altura: Albión. Como la antigua Inglaterra prerromana. “La Inglaterra de la fauna, de las martas, las ratas de agua y los castores (...) Es el pasado pero podría ser también el futuro”, dice en la novela Rowan, una niña de siete años que, si nada sucede, heredará algún día las 400 hectáreas. En los últimos años, la ultraderecha que maneja teorías del supremacismo blanco se ha reenamorado de esa palabra tan cargada de significado. La propia autora ha contado en varias entrevistas que pasó por momentos de autoduda: quién era ella, una mancuñana de raíces irlandesas, para escribir una novela que se titula *Albión*. Pero quién es nadie para apropiarse de la historia de Gran Bretaña, se contestó después. Como nueva propietaria, la virtuosa y rígida Frannie reúne a sus

hermanos, Milo e Isa, que arrastran cada uno su porción de trauma familiar, y a su madre, Grace, para despedir al patriarca. No sería una novela de campo inglesa si no hubiera invitados inesperados, y aquí también llegarán, en forma de una joven estadounidense, Clara Nelson, que podría o no ser una hija no reconocida del difunto.

Sin explicar de más (¿la novela con argumento resiste! Y no se siente reliquia ni pastiche), sí que se puede decir que uno de los temas que introduce con destreza Hope en su relato es el pasado sucio, ligado al esclavismo, de muchas de esas mansiones. Y que esto en realidad no tiene nada de nuevo ni de woke. Ya está en *Mansfield Park*.

Los Bertram, la familia propietaria de la finca que da título a la novela de Jane Austen, deben su fortuna a su plantación de azúcar en la isla de Antigua. El esclavismo y la causa abolicionista, un tema fundamental en la época de Austen, recorren el relato. Fuera de los libros, las casas de Patrimonio Nacional en el Reino Unido están reescribiendo, literalmente, sus cartelas y replanteándose su museografía para explicar su existencia. Ya no se puede seguir obviando de dónde vino el dinero que las levantó.

En *Albión*, todos los miembros de la familia Brooke tienen que aprender a gestionar el privilegio con el que nacieron y la culpa que han heredado. Y los personajes que no nacen con dinero antiguo, como Ned, el amigo medio chamánico de Philip que lleva 50 años viviendo en un autobús hippy plantado en el bosque, o Jack, la mano derecha de Frannie, hijo de una mujer local que manejaba 30 palabras distintas para nombrar el barro en el dialecto de Sussex, tampoco están exentos de dilemas morales. De eso también están hechas, de toda la vida, las novelas de casa de campo.

**/ Ali Smith publicó “la gran novela del Brexit”; Julian Barnes usó un epílogo para reprobar la cerrazón inglesa**

**/ Por las historias de Brown y O’Hagan pasan banqueros, columnistas o diputados, los que suelen escribir la historia**

mo, y *El Círculo Cerrado*, que transcurre durante los mandatos de Tony Blair. En aquellos años, la autoapodada *Cool Britannia* prefería mirarse satisfecha al espejo que atender a sus problemas, como la profunda desigualdad, el deterioro de los servicios públicos o la brecha norte/sur. Quién tenía tiempo para todo eso cuando estaba Kate Moss en los tabloides cimbreando en minishorts y sonaba Oasis en el hilo musical de los supermercados.

En clave mucho menos cómica, Ali Smith publicó en el 2017, con el golpe aún en caliente, la que *The New York Times* coronó como “la gran novela del Brexit”. Smith abrió con *Otoño/Tardor* su tetralogía de las estaciones, que han ido editando en castellano, traducidas por Magdalena Palmer (las cuatro están agrupadas en un cofre), y Raig Verd en catalán, con traducciones de Dolors Udina.

“En todo el país, la gente pensaba que era un error. En todo el país, la gente pensaba que era un acierto. En todo el país, la gente tenía la sensación de que había ganado. En todo el país, la gente tenía la sensación de haber actuado bien y de que los otros se habían equivocado”, reflexiona, dickensianamente, la narradora de *Otoño*. Aunque la novela se sitúa en ese año que inauguró el mundo en el que vivimos ahora –el Brexit impactó en junio, pero el 2016 se reservó para noviembre su giro de guion más sonado, la primera victoria de Trump–, el relato va adelante y atrás en el tiempo gracias a las edades dispares de sus dos protagonistas, que se llevan casi setenta años. El eje temporal se mueve desde la Segunda Guerra Mundial, cuando Daniel Glück sale de su Alemania natal, y se detiene también en los sesenta y en los noventa. Es entonces cuando se conocen Daniel, ya mayor, y su vecina, la



MANÉ ESPINOSA



**Natasha Brown**  
**Los universalistas**  
Traducción de Laura Salas  
Anagrama  
176 páginas  
19,90 euros



ANA JIMÉNEZ



**Julian Barnes**  
**El hombre de la bata roja**  
Trad. de Jaime Zulaika  
Anagrama  
336 páginas  
24,90 euros



FRANCO ORIGLIA / GETTY



**Ali Smith**  
**Otoño**  
Trad. de Magdalena Palmer  
Nórdica  
228 páginas  
18,52 euros



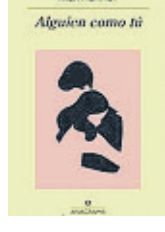
XAVIER CERVERA



**Alan Hollinghurst**  
**Nuestras veladas**  
Traducción de Gemma Rovira  
Anagrama  
512 páginas  
24,90 euros



PICTURE ALLIANCE / GETTY



**Nick Hornby**  
**Alguien como tú**  
Traducción de Mauricio Bach  
Anagrama  
312 páginas  
21,90 euros



XAVI JURIO



**Andrew O'Hagan**  
**Caledonian Road**  
Trad. de Ruben Martín Giráldez  
Libros del Asteroide  
659 páginas  
29,95 euros



JOEL SAGET / AFP



**Anna Hope**  
**Albión**  
Trad. de Regina López Muñoz  
Libros del Asteroide  
391 páginas  
24,95 euros

DANIEL LEAL / AFP



niña Elizabeth. Treinta años después de ese encuentro, Glück tiene 101 años y está muriéndose en una residencia. Elizabeth, que mantiene con él una relación que nunca fue ni remotamente sexual pero solo puede calificarse de amorosa, se ocupa de él. Como les ocurre a los amantes de Hornby, fuera del núcleo que forman solo ellos dos, las cosas son bastante más hostiles. “Marchaos a casa”, pintan con grafiti en una casa del pueblo en la que viven inmigrantes. “Ya estamos en casa”, contestan estos con otra pintada.

Hubo un tiempo en que el tema parecía tan ineludible que se colaba hasta en los libros que, en apariencia, nada tenían que ver con aquello. Julian Barnes escribió *El hombre de la bata roja/L'homme de la bata vermella* (Anagrama, con traducción de Jaime Zulaika, en castellano; Angle Editorial, traducción de Alexandre Gombau i Arnau), sobre un Samuel Jean Pozzi, dandy de la belle époque al que retrató Singer Sargent, una novela en la que aparecen como personajes Colette, Flaubert, Oscar Wilde y Henry James, entre otros. Y no pudo evitar añadir un epílogo en el que describe lo que supuso para él escribir esa novela tan europea en medio del divorcio con la UE. “El chauvinismo es una de las formas de la ignorancia”, escribe ahí Barnes, citando a su propio protagonista, mientras se despacha contra la élite política y contra “los ingleses, más que los británicos” que se enorgullecen de ser insulares. La suya es la postura que asumió, casi en bloque, todo el establishment cultural del país con muy pocas excepciones.

Transcurridos estos diez años en los que el Reino Unido cambió de monarca, enterró su segunda era isabelina, y, por supuesto, no solucionó ninguno de los problemas que la mitad del país creía que arreglaría yéndose de la UE, ¿puede hablarse de una novela post-Brexit? Los libros con ambición demoscópica

ya no hacen tanta referencia explícita a la votación pero sí dibujan lo que ha quedado después: un país un tanto desbordado al que los viejos esquemas ya no le sirven.

Por las más de 600 páginas de *Caledonian Road* (Libros del Asteroide, traducida por Rubén Martín Giráldez), Andrew O'Hagan, que es también ensayista y periodista (dirige ahora *The London Review of Books*) y no le importa que se le note cuando escribe ficción, hace pasear a oligarcas rusos, influencers, periodistas, traficantes y estudiantes de Humanidades que manejan criptomonedas. Todos se cruzan en un momento u otro con su protagonista, Campbell Flynn, un escocés de Glasgow que ha triunfado en Londres casándose primero con una aristócrata multipropietaria y consolidándose des-

**Mural de Banksy en Dover, pintado en el 2017, que representa a un trabajador destruyendo una estrella de la bandera de la UE**

**La instalación de Wolfgang Tillman 'Between bridges', ubicada en el 2016 en Londres, una crítica a los 'brexiters'**

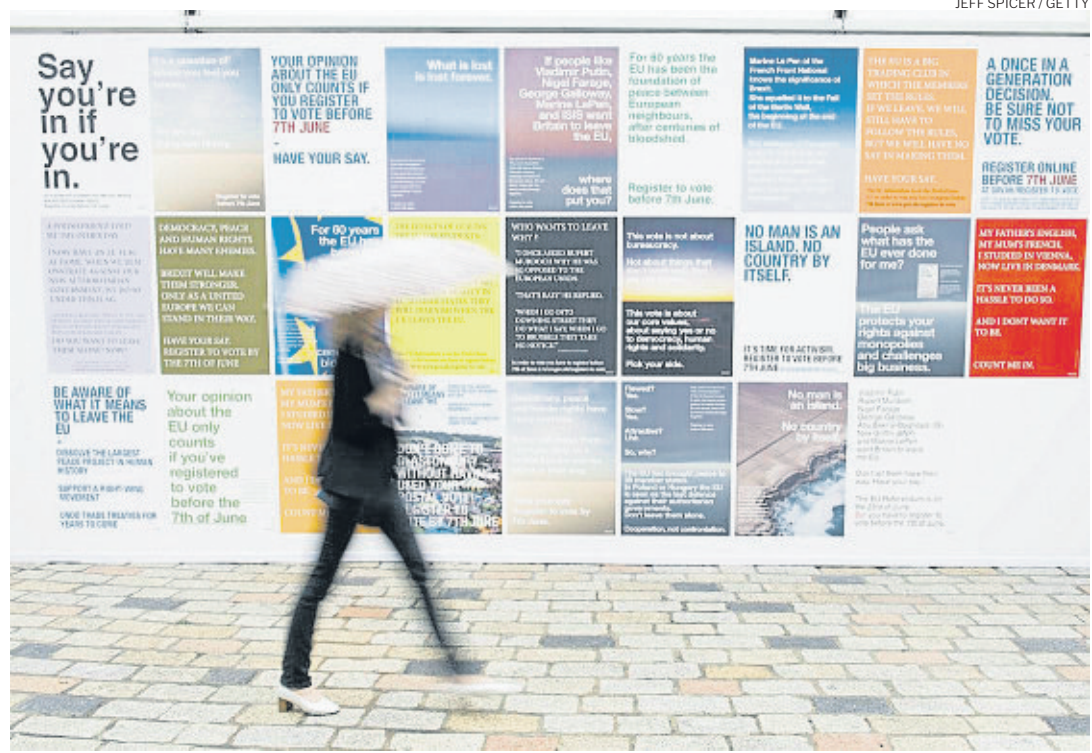
pués como la clase de intelectual que produce titulares sexis y que gusta por igual a los oyentes de podcasts de la BBC y a las marcas de lujo. Estas le pagan buenas libras a cambio de frases que quedan bien en sus notas de prensa.

Al moverse en mundos tan dispares, Flynn se encuentra a menudo haciendo de abogado de la parte contraria. A sus alumnos en la universidad quiere sacarlos del dogma de la izquierda desencantada con el sistema. A su cuñado el lord le habla de la “gente corriente” que sufre y pierde sus trabajos por culpa de sus amigos cleptócratas. Nadie le hace mucho caso.

También tiene esa voluntad de mostrar una panorámica social amplia, a lo Anthony Trollope, Natasha Brown en *Los universalistas* (Anagrama, con traducción de Laura Salas). Brown, londinense de origen jamaicano que fue ban-

quera antes de novelista, aguijoneó en su sonado debut, *Reunión/Reunió*, el racismo de las clases altas. Con su segunda novela, más larga y menos lacónica que la anterior, Brown reparte tanto a la derecha como a la izquierda. La historia de un lingote de oro que el activista de un grupo de utópicos antisistema utiliza como arma en una granja de Yorkshire le sirve para trazar varios círculos concéntricos en torno al poder y al sistema de clases en el Reino Unido.

Por las novelas de Brown, O'Hagan y también por la de Hollinghurst pululan banqueros, columnistas, diputados y otra gente acostumbrada a escribir los titulares de la historia. Una manera de leer todos estos libros ambiciosos e hipercontemporáneos es tratando de adivinar qué votó cada personaje en el referéndum y qué pensaron, o mejor, qué sintieron la mañana del 24 de junio del 2016, cuando se reveló el resultado. Se ve de manera nítida en *Nuestras veladas*. Allí una troupe teatral se reúne el día después del voto del Brexit. Todos menos uno de los miembros de la compañía han perdido. No solo las elecciones, también la idea que tenían de su país. La voz del protagonista no deja lugar a mucha esperanza: “La votación de la noche pasada era para actuar en el futuro, una devastación que se cernirá amenazadoramente sobre nosotros durante años, el tiempo suficiente para contar los días, hacer planes, como bajo la sentencia de muerte de una enfermedad”. Después de ese amargo pensamiento, David Win se reúne con sus compañeros. Todos, los del sí y el del no, los británicos de muchas generaciones y los de pocas, y hasta una diva francesa que es la estrella de la obra (no resulta tan fácil desembarazarse de Europa, al fin y al cabo), deben hacer la función que tienen contratada. El show, ya lo dicen, siempre debe continuar. /



JEFF SPICER / GETTY